

EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 18

Sevilla—Miércoles 22 de Enero de 1902

AÑO XXVI

En peligro inminente

Lo está España, amenazada de perder su autonomía y de sufrir merma más dolorosa en la integridad del territorio.

¿Quién lo dice? No somos nosotros. No son los republicanos, a quienes invitamos que hablen para que recojan esas afirmaciones del vencedor de los fracasados, de los que tantos días de luto y de amargura han dado a la Patria, y todavía se atreven a persistir en sus errores anunciando panaceas y planes curativos.

Alguno, como Maura, se atreve a echarse en brazos de la democracia cuando asiste a las procesiones y lleva pendientes de su pecho todos los atributos de la superchería mística.

Otros, como Romero Robledo, encienden una vela a la monarquía, ofreciendo la salvación, y hacen caricias a la República, como solución salvadora, si el nuevo reinado no le otorga sus poderes y su confianza.

Algún ministro hace alarde de radicalismos que no siente y que no ha de realizar, y el jefe conservador organiza la hueste para someternos a un poder teocrático, en que la Compañía de Jesús y la curia romana sean árbitros de este pedazo de territorio europeo.

Pero todos ellos, con un descoco admirable, con una falta de aprensión que contrasta con la prudencia del país, aspiran a tomar posiciones para que no les arrastre la corriente y no les envuelva la avalancha nacional y el gran movimiento popular que ellos anuncian ya como una necesidad suprema.

Al que ha sido condenado dos veces no le permiten las leyes querellarse; y va a tolerar el país que los reos de delitos contra la integridad de la Patria, contra el honor nacional, contra la libertad y contra el bolsillo de los contribuyentes, imperen de nuevo y se rediman por sí mismos, sólo porque la retórica sea prodigiosa y surjan de sus labios conceptos que han desmentido los hechos?

Los republicanos somos demasiado fuertes y demasiado numerosos para realizar ingerencias de fracasados, y para sellar los labios de todos aquellos que se proponen seguir su obra demoleadora o engañarnos requiriendo el concurso de nuestras fuerzas para una nueva atracción; y el pueblo está bien penetrado de que todo lo presente y lo pasado está completamente podrido, y que en España hay elementos y hombres de sobra, que, no por menos reconocidos, dejan de atesorar verdaderos caudales de inteligencia, de energías y, sobre todo, una fortaleza, una convicción y una consecuencia a prueba de amargura, que son los únicos en aptitud para inaugurar la nueva era y para afirmar los resortes sociales, robustecer la autoridad desquiciada con los procedimientos de la libertad, vigorizar el crédito y europeizar la nación, arrojando del territorio todo lo que nos consume y nos envilece.

Vivimos víctimas de una gran depresión moral, fomentada por los que se han enriquecido en estos años de monarquía, y ellos, para conservar sus riquezas, pretenden todavía que el país les escuche.

Bastante hará con sólo volverles la espalda por el momento, que la espición vendrá después.

Nada valernos; nada significamos; sólo podemos ostentar como tributo, a la consideración de los patriotas y los correligionarios, nuestra fé inquebrantable en los ideales, nuestra consecuencia y nuestra antigüedad; pero consideramos llegado el momento de decir a los representantes republicanos en Cortes, y a los directores de los partidos y muchos republicanos, que si en estos supremos momentos, que si en estos de verdadera angustia en que todo está en litigio, no saben responder a los deberes de su posición y a la confianza del pueblo republicano y de la gran masa española, y anticiparse a la catástrofe, habrá necesidad de sustituirles en el acto y de que cualquiera levante muy alta la bandera republicana y se ofrezca en holocausto a redimir a España.

No sería un insensato, sería el español único que demostrara honor y vergüenza.

Responder a los fracasados con la revoluc

ción por ellos anunciada, invocada en sus labios, ó retirarse y dejarnos solos que de las filas surja el caudillo.

A. A.

Murmuraciones

Como nuestros centros oficiales—que no la población—hace tiempo están en pugna, al parecer, con la ciudad de Valencia, porque nos ha quitado la prerrogativa de ser la tercera capital de España, dejándonos relegados a la cuarta... al enterarse de que los valencianos se llevaban a Romanones (ministro), mediante la influencia de un tal Sapiña (cacique liberal de por allí), los sevillanos no hemos querido ser menos.

Y valiéndonos de las influencias del Sapiña de aquí (nuestro querido y simpático Marqués de Paradas), desde mañana en adelante tendremos también nuestro ministro para andar por casa.

El Sr. Villanueva, encargado de la cartera de Obras públicas, llega a en tren especial con el objeto de echar la primera peonada en las obras de defensa que nos van a ejecutar para nuestro bien y desarrollo presente y futuro.

Al efecto, y para que la estancia en Sevilla del ministro susodicho le sea todo lo más agradable, nuestras autoridades se proponen echar la casa por la ventana, y en un día gastarse cinco ó seis mil duros—¡y me quedo cortol—para agasajar a dicho señor, agasajándose todos de camino.

Estas visitas de los señores ministros a las provincias proporcionan dos ventajas:

1.ª Que al dinero del erario municipal ó provincial le da el aire.

2.ª Que los servidores de la patria, los que por nosotros se sacrifican, obtienen una economía, no despreciable, en el hogar doméstico.

—Mira, niña—dice el concejal a su señora—ya sabes que mañana y pasado cómo de oficio. Arréglate con la criada, y con unas migas por la mañana y un platito de acelgas por la tarde, os podréis aviar.

—Que me traigas un regalito—dice la señora.

—Allá veremos, mujer, si puedo llenarme los bolsillos con los postres.

Quedamos, pues, en que, desde mañana, no tenemos que envidiar a los valencianos.

Al contrario: llevamos una ventaja sobre ellos.

En el reparto, ó en la elección, de ministros, les ha tocado a ellos Romanones, que es cojo.

Y a nosotros los sevillanos nos ha tocado Villanueva, que tiene las dos patas en buen uso.

—Hombre, eso de patas!

Bueno, puede usted borrarlo; yo no tengo interés en sostenerlo.

Si lo pongo así es porque estoy convencido de que los ministros, cuando se declaran protectores de una región, más tarde ó más temprano meten en ella la pata.

Albareda, que casi era nuestro paisano, la metió varias veces, apesar de haberlo hecho hijo adoptivo de Sevilla, como van a hacer al señor Villanueva.

Lo único que hizo bueno, demostrando el señor Albareda su cariño por Sevilla, fué... darle el título de *excelentísimo señor* al ganadero don Antonio Miura, una de las personas más importantes de nuestra región político-taurina.

Y... al poco tiempo se murió.

Lo que prueba que el *excelentísimo* le hizo el mismo efecto de una pulmonía loca.

Uno de los festejos que se le preparan al señor Ministro de Obras públicas es... un banquete de 160 cubiertos.

—¿Para el sol?

Ahí está el *intrínquis*: que con el achaque del ministro, entro y te veo, y a la sombra del cubierto número 1 se arriman 159 cubiertos más.

La culpa de este despilfarro la tienen los responsables madrileños, que vienen anunciando la crisis hace un mes.

Los liberales de por aquí se han dicho:

—Por si vienen mal dadas, vamos a llenarnos el buche, y que nos quiten lo comido y lo bebido.

Total: Que vamos a tirar la casa del pueblo por la ventana, y que, si lo que vamos a gastar en francachelas para satisfacer los estómagos de los buitres liberales, se arrimara a concluir las obras del Palacio de Justicia, hoy en embrión, ó a otra cualquiera de las mil y una necesidades que tenemos, Sevilla podría vanagloriarse.

Pero que la llegada de un ministro sea motivo suficiente para alborozo de tal magnitud, cuando diariamente estamos llorando por reformas, no lo creo justo ni humano.

Se han celebrado en España más de ochenta casamientos por sorpresa... Solamente de ese modo—lo comprendo—se casa la gente hoy....

El casarse *por lo serio* es una costumbre antigua.

Allá, en los pasados tiempos, cuando la ignorancia era patrimonio de los pueblos, se usaban los formulismos de casarse con dispendios....

Pero—¡hoy!... Todo el que se casa, por fuerza tiene que hacerlo de ese modo, por sorpresa... ¡si no se queda soltero!

**

En el último *Anuario* militar aparecen en la escala activa 275 generales españoles.

Uno para cada pueblo.

—¡Hombre, no! Hay más de 275 pueblos en España.

¿A que no hay más de 275 pueblos que merezcan llamarse así?

**

El País dispara hoy su trabuco naranjero contra D. Alejandro Pidal, y dice:

«Afétese con la imaginación y ¿qué queda del filósofo, del orador, del estadista, del académico, del campeón del catolicismo, del apóstol del *mesticismo*? Pues no queda más que un cacique. Pidal, sin barbas, no es más que el cacique máximo de Asturias, el protocacique de España, pues el campeón del catolicismo se trueca en un fariseo de tomo y lomo, el filósofo en un repetidor hueco, el orador en un chacharero aquejado de verborrea, el estadista en un politicastro de campanario intrigante y enredador, el académico en un escritor incorrecto y cursi, y el apóstol en un sochantre de estentórea voz y vacía mollera.»

Pues así y todo, gana más que un capitán general.

No recuerdo ahora precisamente lo que suman las cantidades, pero sí sé que con una anualidad suya se harían felices varias familias anticatólicas.

De esas que no viven explotando a Dios, sino explotando a la tierra nuestra madre.

**

Siempre que leo en los periódicos el título

En la Cámara de los Comunes, me tapo las narices.

¡Cuidado con el tituló!
¡Qué tendrán que ver los comunes con la política palpitante!

**

Mi querido colega *El Liberal* de Sevilla, con una ingenuidad encantadora, al dar cuenta de la reunión que anoche se celebró en el Gobierno civil para acordarlo que se ha de mascar durante la estancia del ministro de Obras públicas en Sevilla, dice:

«Los reunidos, después de ofrecer su concurso para asistir a la estación a recibir al ministro, al banquete en el Ayuntamiento y a la inauguración de las obras, *expusieron su sentimiento porque la corta estancia del ministro en Sevilla no permitiese que ésta pudiera hacer al señor Villanueva una manifestación colectiva de gratitud.*»

¿Qué querían dichos señores?

¿Una semana de *juergas*?

Vamos... que una comida opara, un *lunch*, una cena, dos almuerzos y varios *picoslabis*, ¡ya calientan bien los estómagos dinásticos!

Y bien se puede gritar:—¡Viva el rey!—si se tiene la esperanza de que, para Mayo, se repetirá el *gaudeamus* sin gastar una peseta.

CARRASQUILLA.

Rodríguez Abarrátegui

Sobre la mesa en que escribo este artículo veo el libro *Los vagabundos* de Máximo Gorki, Rodríguez Abarrátegui, Máximo Gorki... No sé que extraña semejanza encuentro en la vida de estos dos escritores. El novelista ruso ha adquirido ya la celebridad en toda Europa. Ignoro si su situación económica será tan próspera. Seguramente en Rusia debe suceder lo mismo que en España. No debe, por lo tanto, el poeta de los miserables no dar en la abundancia.

A Rodríguez Abarrátegui le conocen todos los que leen la prensa radical española. Conocen su nombre, saben que es un escritor de talento, un esforzado paladín de la noble causa. Lo que ignoran, probablemente, es la historia del que, sin incurrir en exageración alguna, podemos llamar filósofo é incansable propagandista. Yo lo conocí por una casualidad, y voy a

contarla... Voy a contarla, y deploro con toda mi alma que mi pluma no se deslice sobre el papel a medida de mi deseo. ¡Ah! ¡Qué hermosa semblanza haría yo entonces!...

No en vano he comenzado este artículo citando a Máximo Gorki. Según he leído diferentes veces, este escritor vió deslizarse su niñez en la mayor pobreza. Sufrió toda clase de dolores. Tuvo toda clase de oficios. La naturaleza fué su maestra predilecta. Con sus encantos cautivó su alma dulce de artista. Y en sus largos viajes de vagabundo, por los caminos polvorientos y las elevadas montañas y los bosques sombríos y rumorosos, privado de todo amor, de todo cariño, sintió impulsos de besar a las estrellas y de conversas con las olas y de lanzarse al mar para que lo arrullase y lo meciese sobre su lomo gigantesco, cubierto de doradas escamas en los días de sol, grisiento y lúgubre en las horas de tormenta.

Máximo Gorki adora al mar, y lo describe con minuciosos detalles de enamorado en todas sus obras.

La pasión juvenil de Rodríguez Abarrátegui, fué también el mar. Y para estar siempre contemplándolo, para hacerse la ilusión de que sus ondas habían de conducirlo a países desconocidos y remotos, de playas risueñas, intrincadas selvas y sol ardiente, se hizo marinero.

Este fué el primer oficio del escritor y del filósofo. No es extraño, pues, que sea su alma grande y que ame la libertad con locura.

Como dice Gorki en uno de sus hermosos cuentos, todos los hombres debían vivir a orillas del mar. Serían mejores, más nobles, más generosos, más sanos, más robustos. En sus rostros atezados imprimiría el mar sus besos salobres, prestándoles varonil belleza.

En sus ojos se reflejaría la grandiosidad del sublime espectáculo, de la llanura azul.

Antes, sin embargo, de adoptar esta profesión, había sufrido mucho Rodríguez Abarrátegui. Se había quedado en la más tierna infancia huérfano y pobre. El pan que le daban unos parientes cercanos estaba amasado con lágrimas.

Un muchacho vulgar hubiera experimentado acerbos dolores con tan triste vida.

El futuro escritor comenzó a hacerse cargo de lo que era el mundo, de lo que era la sociedad actual, de lo que eran los parientes generosos con los niños pobres...

Ya en aquel tiempo tenía afición a los libros. Después de la tarea a que lo sometían para ganarse el sustento, en vez de dedicarse a los juegos y expansiones propias de la edad, se entregaba a la lectura.

¡Ah! ¡Cuánta razón tiene el anarquista Juan Grave, al decir en su famoso libro *La sociedad futura* que muchos trabajadores que sucumben extenuados por un trabajo brutal, podrían exclamar golpeándose la frente, como el poeta Andrés Chenier al subir a la guillotina: «¡Aquí había algo!»

En el cerebro del pobre huérfano había algo y bien claramente lo ha demostrado más tarde y lo sigue demostrando.

Imposible seguir a Rodríguez Abarrátegui en su interesante vida de privaciones y aventuras. Sería preciso escribir un libro muy voluminoso. La fantasía del novelista de más imaginación no acertaría a concebir historia más interesante. Y sin embargo, ésta supera en originalidad a los poetas de imaginación más acalorada.

Ahí está la vida del propagandista del libre pensamiento para demostrarlo.

Pertenece a la legión inmensa y desolada de los humildes, se gana la vida en el mar, siente en su alma anhelos y aspiraciones de poeta, medita sobre las injusticias humanas y se convierte en filósofo; experimenta una sed ardiente de saber, y cuando deja los remos ó el aparejo de pesca, corre en busca de un libro, que para él es manantial de frescas aguas que apaga sus deseos.

Atormentado por el ansia de ver mundo, emprende largos viajes.

Va en un barco de guerra. Un día llega a Filipinas. Ha trocado el oficio de pescador por el de soldado. El rey le obliga a empuñar las armas.

Ponen bajo su cuidado un cañón mortífero que debe hacer brotar en la mente del filósofo ideas muy curiosas sobre la manera de tratar



los hombres á sus semejantes. Y una vez cumplido el servicio militar, regresa á la patria y constituye una familia.

En el año 82 era Rodríguez Abarrátegui peón caminero. ¡Peón caminero y filósofo! Sus artículos movieron entonces gran polvareda. Fué el hombre de moda.

A la carretera donde trabajaba acudían en coche, encopetados señores para ver el prodigio. Sólo contemplándolo con sus propios ojos podían convencerse de que un rudo trabajador fuese capaz de pensar y de escribir lo que pensaban estilo castizo y correcto lenguaje.

¿No es esto una novela?... Yo me imagino á Rodríguez Abarrátegui en medio de un camino, tostado por el sol, cubierto de polvo, machacando piedras como un autómatas, y meditando al mismo tiempo con la cabeza baja una terrible filípica contra la sociedad actual, el corrompido régimen que nos gobierna ó los embaucadores laicos ó religiosos que nos explotan.

Confieso sinceramente que jamás he leído cosa más interesante. Pero no acaban aquí las transformaciones del valiente escritor.

Solicitado por las redacciones de los periódicos, se convirtió en periodista.

Hombre noble y sencillo, acostumbrado á la libertad de los campos y las rudezas del mar, no pudo amoldarse á la condición de escritor asalariado que ha de decir lo que el amo quiere.

Y volvió á sus tareas de trabajador, sin dejar por eso de escribir con asiduidad pasmosa.

El año 1887 el obispo de Zamora denunció en pleno Senado un famoso artículo de Rodríguez Abarrátegui, titulado *Celibato religioso*, que había visto la luz en *La Montaña* de Manresa.

Tuvo que emigrar al extranjero y estar ausente de la patria durante tres años para no ir á presidio á consecuencia de aquella denuncia.

Posteriormente fué procesado varias veces por artículos publicados en diferentes periódicos.

No se amilanó por esto el denodado campeón del libre pensamiento y la República. Continuó escribiendo con más fe, con más entusiasmo, con más valentía. Y eso que sus artículos aparte de los disgustos, le han producido y le producen bien poco. Mas él, como apóstol generoso, no va guiado por la idea del lucro. Saben por dolorosa experiencia que en este país casi salvajemente escritores independientes, y muchos que no lo son, se mueren de hambre.

Y para atender á las necesidades de su numerosa prole, se dedica ahora al comercio de libros.

Es este otro aspecto interesante de tan accidentada vida.

Montado en un borriquillo, cuyas alforjas están repletas de volúmenes, va el escritor de pueblo en pueblo.

Quizás en medio del camino se detiene, y mientras el animaito se atraca de fresca yerba, nuestro hombre lee, tendido á la sombra de un árbol, un libro de Rousseau, de Victor Hugo ó de Emilio Zola.

A la vuelta de sus viajes cultiva á ratos, en un pequeño huerto, coles, acelgas, patatas y lechugas. El conde León Tolstoy no sabe que aquí en España tiene un discípulo tan perfecto.

Rodríguez Abarrátegui marino, peón, buhonero, periodista, escritor y filósofo, es una figura admirable.

Me río yo de nuestros grandes hombres comparados con el singular personaje que me ha inspirado estos renglones. Me río yo también de los que creen que la ciencia y la sabiduría van acompañadas de un título académico.

Los maestros de Rodríguez Abarrátegui fueron la naturaleza y la vida. Por eso es un hombre de nobles y generosas ideas, un luchador entusiasta y un apóstol.

Ante hombre de este temple debemos descubrirnos con respeto.

CONSTANTINO PIQUER.

Desde Río Tinto

¡ARRE ALLÁ!

Con verdadera satisfacción, con orgullo de nosotros mismos, con más alegría que niño con zapatos nuevos, escribimos el presente artículo.

No es que nos alegremos del daño ajeno, pues no guían nuestra campaña egoísmos ni odios personales sino el amor á la verdad y la justicia, por las que luchamos y lucharemos siempre, hasta hacer triunfar nuestro empeño.

Hemos vencido. La Moral, la Justicia y el Honor de Río Tinto están de enhorabuena; porque Montero, ese á quien retratamos de

cuerpo entero en nuestras crónicas, el *tipo* infamante, el robador de honras ajenas, aquel... en fin, *bicho del lago*, deja de ser comandante de la guardia municipal de Río Tinto.

¡Cuánta alegría nos causa el pronunciar estas palabras!

Deja de ser comandante de la guardia municipal di Río Tinto.

Sí, lo repetimos; Montero es echado del Ayuntamiento de Río Tinto, cual trapo sucio se arroja al arroyo, de lo cual nos alegramos infinito, por ser los primeras en aconsejar á los señores municipales las fatales consecuencias que pudiera acarrear su presencia en está pueblo.

Nos es imposible contener la carcajada que nos causa la cesantía de Montero, nos sentimos alegres y es preciso demostrarlo; basta ya de tomar en serio á ese *tipo*; es preciso echar un ratito á bromas, y por eso hemos titulado nuestro artículo con un *Arre allá*, como despedida de la temporada.

No quisiéramos descubrir hazañas, ni ocuparnos más de la detestable figura; pero su desfachatez (desfachatez que nos causa risa) es tan grande, que se atreve á decir á sus *amigos* (¿los tiene en Río Tinto?) que aún no sabían la noticia que, «para demostrar lo decente y educado que él es, una vez que la elección resultó beneficiosa para él, se marcha de Río Tinto, porque en ésta no había más que muchos... *buenos amigos* (dijo otra cosa), y éstos eran todos unos canallas (chupaosla, señores municipales, que por ustedes va).

¿Observáis lo embustero y *trapacero* que es el que fué comandante de la guardia municipal de Río Tinto?

¡Atreverse á decir que se marcha voluntariamente, siendo despedido!

Pero... ¿vamos nosotros á tomarlo en serio? ¡Quia! Tomémoslo en broma. Para eso nos cabe la honra de lanzar de Río Tinto á ese *tipo*.

Y ahora, ya que no nos ocuparemos más del siempre detestable Montero, conviene hacer constar aclaraciones que resultarán siempre satisfacciones para alguien. Empezamos esta campaña de regeneración (si regeneración puede llamarse cuando á un pueblo se le quita un urano que trata de oprimirle) tan sólo guiados por la voz del pueblo de Río Tinto, que reclamaba justicia, no teniendo á nadie que nos guardase la espalda cuando presentamos nuestro pecho, sin temor á nada ni á nadie, y si siempre dispuestos á llamar á cada cosa por su nombre, y canalía á quien lo sea.

Pero no, no se crean que, después de terminado el asunto Montero, nuestra pluma permará en el silencio, pues seguiremos usándola como hasta aquí, siempre escudriñando y dispuestos á sacar á la vergüenza pública cuanto sea digno de ello.

Uno de los que están comprendidos en el párrafo anterior es el comerciante D. Pedro Sanz, que, siempre dispuesto á meterse donde no le llaman, reprobaba y califica nuestra noble y sincera campaña, diciendo que «para escribir es preciso saber lo que se hace.»

Por hoy contestamos al badulaque en cuestión que lo que nosotros no sabemos hacer son las *suspensiones de pagos*, para las que el señor Sanz se pinta solo.

Y no lo tomamos en serio por hoy, hasta ver si ese señor hace méritos para ello.

Después de escrito lo que arriba queda, nos enteramos de que el Ayuntamiento de Río Tinto ha acordado la continuación de la plaza de comandante, aunque recayendo, por supuesto, en otra persona extraña á Montero. Pero, así y todo protestamos con Río Tinto á la vez de que esa plaza sea ocupada por nadie, y es preciso abolirla, pues así lo exige nuestro erario, que debemos conservar para más altas empresas; así, si es que los señores municipales quieren llevarse el aplauso público, suprimase el cargo.

En otro artículo seremos más extensos sobre este tema.

Y hacemos punto, deseándole á Montero feliz viaje, siempre que no vuelva jamás por aquí.

M. IGLESIAS.

Río Tinto, Enero 1902.

De actualidad

Asegúrase que en el Consejo quedó planteada la crisis, que se hará pública con el pretexto de la derrota de Urzáiz en las secciones, al elegirse la comisión del proyecto de circulación fiduciaria, que se leyó en el Congreso.

Añádese que Sagasta proyecta formar nue-

vo Gobierno, entrando algunos elementos de la concentración.

El Consejo acordó el nombramiento de Agüero para ministro en el Vaticano.

Ampliación de noticias del Consejo. En el proyecto fiduciario se dispone que á medida que el Tesoro recoja efectos del Banco, éste retirará billetes en igual suma que reciba del Tesoro.

Suprímese la circulación forzosa, será voluntaria.

La junta para formar el programa de construcción de nueva escuadra se compondrá de técnicos, senadores y diputados.

En Nápoles, una cuadrilla de bandidos asaltó el convento de Santa María del Pozzo.

Los frailes defendiéronse á tiros, dejando los bandidos tres heridos graves.

Los restantes huyeron á la llegada de auxilios de los vecinos.

Valencia.—En sesión del Ayuntamiento, el concejal carlista López llamó barbaros á los valencianos porque suprimían la subvención de las fiestas de San Vicente.

El público protestó, surgiendo un escandalazo.

Los concejales republicanos lleváronse los grupos, mientras López salía fugitivo por una puerta trasera.

En el proyecto aduciarío déjase al Parlamento que fije la cuantía de la emisión.

Divide al Banco en secciones: Banco de emisión y activo.

La primera se ocupa de efectos comerciales, y la segunda de la Deuda pública, pagarés del Tesoro y reservas metálicas.

La prensa reserva la crítica sobre el proyecto fiduciario hasta conocer detalles.

Adelanta el juicio de que nada resuelve en el momento, pues depende que disminuya la circulación de los pagos que haga el Tesoro al Banco en lo sucesivo.

El proyecto fiduciario produjo acalorado debate en el Consejo de ministros.

La mayoría discutiólo. Aprobóse en vista de que Urzáiz hacialo cuestión de Gabinete, pero dúdase de que pase en el Congreso.

Urzáiz, antes de leer el proyecto fiduciario, conferenciará con una comisión del Consejo de Banco.

Las kabilas de Abrallah asesinaron á dos capitanes franceses.

Anúnciase una reclamación enérgica.

El *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* publica circular dictando reglas para la distribución de los reclutas últimamente llamados.

Romanones conferenció extensamente con Sagasta, que le informó del Consejo de anoche.

En el Senado Weyler afirma que está dispuesto á mantener el decreto sobre matrimonios militares.

Auncia que el *Diario de Guerra* de mañana publicará una disposición relativa á las informaciones sobre las novias.

Danvila anuncia interpelación sobre este asunto y Weyler la acepta.

Se ha dictado real orden disponiendo que en los mataderos donde se degüellan reses atacadas de glosopeda se inutilicen las partes contagiadas.

En el Salón de Conferencias del Congreso se ha notado á última hora animación política, conviniendo todos en que la actual situación ha acabado.

No se aplazará la crisis más allá del 25.

Romero dice que al actual Gobierno le sucederá otro de la Monarquía, que no presidirá Sagasta ni Montero.

Conferenció Romero con Canalejas, Teverga y Villaverde.

Otros elementos no creen que prevalezca la concentración.

Firmóse decreto aprobando el reglamento de la Junta general de prisiones.

Telegramas de Colón dan noticias del combate naval librado en la bahía de Panamá entre tres buques insurrectos y dos del Gobierno.

Todos se fueron á pique. Ha muerto el gobernador de Panamá.

En Barcelona hay agitación carlista.

La comisión del Senado que entiende en la Ley municipal, se reunirá diariamente hasta dictaminar.

Dícese que la crisis surgirá durante el debate político del Congreso.

La comisión de proyectos de retiro entregó su dictamen favorable.

Si no se iniciase debate político durante la semana, lo haría Silvela.

Romanones dice que si cae el Gobierno, caerá á destiempo como siempre.

Culpa de lo mismo á sus amigos. Cree irrealizable la concentración monárquica.

Otros ministros dicen que sobre la crisis tiene la palabra Sagasta.

Las obras de defensa

El vicepresidente de la Junta de Obras del Puerto, cuya cultura general é ilustración, en lo particular que atañe al interés sevillano, son bien conocidas, ha publicado en *El Correo de Andalucía* una interesante carta que por ser su contenido del todo conforme con la opinión que tenemos formada, y ya expresada, respecto á las *Obras de defensa* de Sevilla que se inauguran mañana, queremos reproducir aquí.

Dice el señor Ysero:

«El problema de la defensa de Sevilla contra los estragos de una inundación abraza tres extremos: son, por tanto, tres lastecesidades á que han de responder las obras de defensa.

1.º Dar fácil salida á las aguas del río, una vez iniciada la inundación.

2.º Librar á Sevilla de que se entren en la ciudad el río y sus afluentes el Tagarete, el Tamarguillo y el Guadaira.

3.º Dar salida pronta á las aguas de la lluvia que cae dentro del perímetro de la ciudad y á las de las filtraciones del río cuando la inundación se prolonga.

El proyecto del distinguido ingeniero señor Sanz estudia estos extremos, pero no los resuelve todos, porque se limita á solucionar tan sólo lo que atañe al casco de la ciudad, si bien señala la conveniencia grandísima de realizar ciertas obras que no son de su cometido, por existir en Sevilla entidades de las cuales cabe estudiar esos puntos que él señala, y á quienes habría de corresponder su ejecución en el caso de que el gobierno las aprobara.

Sea como sea, consideremos los tres extremos que antes señalaba.

Es el primero: dar fácil salida á las aguas de río, una vez iniciada la inundación.

Este extremo es importantísimo; así lo reconoce el Sr. Sanz y, sin embargo, en su proyecto se limita á señalarlo y no lo resuelve, porque no se le confió su estudio. Quizás sea este el punto *capitalísimo* de la cuestión y su resolución de urgencia suma para aminorar en lo posible los graves peligros que crea el desbordamiento del Guadalquivir.

Es de suma conveniencia, diré más, es de toda necesidad convertir en viaducto, tanto el terraplén de la vía férrea de Sevilla á Huelva, como el de la carretera general en toda la extensión de la vega de Triana.

La represa en las aguas desbordadas que forman ambos terraplenes es tal, que comparado el nivel de ellas en la parte arriba de la vía férrea con el de la parte de abajo de la carretera, pasa de «setenta centímetros,» y este desnivel significa miles y miles de metros cúbicos de agua desbordada que no cabe á pasar por las alcantarillas ó puentes de ambos terraplenes, y constituye este estado de cosas el *peligro mayor* que la inundación trae consigo.

También señala el Sr. Sanz lo muy conveniente que sería la corta de Tablada, que consiste en abrir al río Guadalquivir un nuevo cauce que, empezando al final de las Delicias, termine en el torno llamado punta del Verde, canal en recta de cinco kilómetros y medio de largo, de un centenar de metros de ancho y diez de profundidad, que no sólo serviría para mejorar la navegabilidad del Guadalquivir, sino también para facilitar el desagüe en épocas de avenidas.

Este canal que exige una excavación de nueve millones de metros cúbicos de tierra, está ya estudiado por el Sr. Moliní, distinguido ingeniero-director de las obras del puerto de Sevilla, y en breve será sometido el proyecto al estudio del ministerio de Obras públicas; y si se realiza, habrá de influir en gran manera para la resolución del problema que hoy ocupa la atención pública de Sevilla. Esta es la opinión de todos los ingenieros que se han ocupado de estos asuntos; esta es también la opinión del Sr. Sanz, y en su proyecto lo dice muy terminantemente.

Y es natural: abiertos dos cauces para el desagüe del río, uno su cauce antiguo, otro el cauce nuevo, fácil es comprender cuánto se facilita el curso de las aguas, facilidad que los ingenieros estiman en una altura menor de la inundación, que podrá llegar próximamente á unos sesenta centímetros.

Véase, pues, la importancia capital que entrañan, por una parte la supresión de los terraplenes que antes señaláramos, y por la otra la apertura de la corta de Tablada.

Es el segundo extremo del problema: librar á Sevilla de que se entren en la ciudad el río y